

¿Es necesario seguir estudiando?

“El resultado más inmediato de este especialismo no compensado ha sido que hoy, cuando hay mayor número de «hombres de ciencia» que nunca, haya muchos menos hombres «cultos»”. José Ortega y Gasset, La rebelión de las masas.

Si yo solamente fuese informático, familiarizado con las bondades de la que quizás sea la herramienta más significativa del siglo XX y, de acuerdo a la tradición de muchos profesionales, bárbaros en la especialización, acusados por pensadores como Ortega y Gasset de no ser capaces más que de razonar sobre temas que pueden ser entendidos, decodificados, interpretados desde su cuasi unaria disciplina que cuaja, dirige y polariza visiones y entendimientos, podría pensar que una de sus virtudes máximas, la informática decía, es que nos ha permitido, más que ninguna otra herramienta en la historia, y en un lapso muy corto, acceder al conocimiento y experimentar con la técnica y herramientas de otras múltiples disciplinas, de una manera que ha posibilitado, en muchos casos, obtener éxito a personas que se han propuesto acometerlas, con una inversión mínima de tiempo y recursos.

Si estos últimos 20 años sólo a esto me hubiese dedicado y no fuese también fotógrafo, no podría pensar en cómo la informática ha permitido el intrusismo en mi profesión de personas empíricas, no correctamente formadas, pero que, al ser ayudadas por la virtualidad de los unos y ceros, han podido alcanzar niveles de penetración en el mercado (ávido de reducción de costos), que en otros tiempos eran impensables, puesto que los mercados no están tan ávidos de trabajos exquisitos, correctos, sino rápidamente consumibles y baratos. Ya decía Quevedo que: poderoso caballero es don dinero.

Si yo ya fuese artista consagrado, seguramente sufriría al ver cómo la sociedad ha prostituido la palabra “Arte”, como le ha reducido la letra “A” a minúscula y ha enlatado el Arte como concepto, consumible, aplicable como curita, aplicable como stiker amarillo que se pega hasta en las pantallas de la computadora, por ridículas



Tony Diana Hernández

Licenciado en fotografía, con estudios en ingeniería informática en gestión administrativa de la Universidad Politécnica de Valencia, España; profesor de fotografía de diseño publicitario en la UH.

personas que, pese a disponer de computadora, no saben virtualizar sus anotaciones y prefieren seguir disponiendo de ellas visualmente sobre el vidrio, porque, seguramente, ni saben bien organizarse, ni saben bien utilizar tan maravillosa herramienta virtualizante.

La posible agonía del artista es que medios, sociedad y hasta profesores universitarios menguados no saben diferenciar entre estética y arte; a muchos de nosotros deberían habernos salido llagas en la lengua cuando hemos indicado, a algún pupilo, que intentase realizar un giro más artístico a sus trabajos, cuando siquiera sabemos enseñarles en qué se diferencia estética de arte y, seguramente los docentes somos, en gran medida, los más responsables de haberlo acribillado con pérfidas balas de indefinición, gris y desaire.

Muchas de las pocas canas que comienzan a aparecer en mis cejas, son fruto de los disgustos que todas estas disciplinas me acumulan, pero además tengo la prolongada suerte de también ser docente, y me pregunto, sin respuesta, sin conclusiones, cómo responderles a mis estudiantes cuando me preguntan porqué deben seguir estudiando. Afirman que Internet les ofrece un abanico de conocimiento gratuitamente asequible, que los mercados dejan de valorar el título, en pro de valorar la economía de recursos. Afirman, y con razón, que existe una fuerte competencia entre universidades, formación institucional profesional y auto proclamados formadores vocacionales, pese a no disponer de más aval que la tradición del quehacer reiterado.

El conocimiento parece haber cambiado de domicilio y haberse instalado más cómodamente en la red, mucho más rápida de habitar, de paredes más blancas, que no precisa de los incómodos y lentos agentes de mudanzas de las editoriales y, al haberse llevado por delante a estos operadores tildados de ingratos y avaros (Don Dinero, sea mi caballero), también parecen haber horadado los cimientos de la academia, la cual seguramente, necesita una profunda reforma.

Pero con todas estas visiones, con estos enfoques tan diametralmente opuestos (si bien sólo en apariencia), creo que es posible mirar a la disciplina menos industrial, menos comercial, más distanciada en intenciones como

es el “Arte”, para encontrar un poco de luz en el largo túnel del momento, con cierta preocupación y miedo de asemejar al ciego que relataba Petronio a su señor, el Conde de Lucanor; preocupación decía, de ser un ciego guiando a otro ciego.

Siempre me hizo gracia la definición del “Arte” que hizo el psicólogo Manuel Peretó Soriano, especialista en rompimientos del alma y las razones del colectivo de artistas valencianos; decía poco más o menos que el arte es:

“La ocupación siempre renovada de un quehacer inútil”

Inútil, es cierto, el Arte es tan inútil que ha tenido que justificarse a sí mismo de maneras mucho más profundas que cualquier otra disciplina, puesto que la utilidad de las mismas las válida rápidamente, pero en el continuum de nuestra historia, quizás lo único inútil que ha pervivido a solas y no siempre a la cómoda sombra de la academia, como sí hicieron las humanidades, ha sido el Arte.

Mirar con cariño y respeto a esta disciplina, estoy seguro, puede darnos ciertas pistas, ya que lo que se plantea en este momento, precisamente, es la inutilidad de lo académico, y a lo académico lo hemos pillado en bragas, desnudo, porque el manto de su utilidad empezó a tejer sus pliegues en la Grecia no profanada aún por romanos, desde el siglo XIII comenzó a crecer en Europa y no ha sentido la amenaza, jamás, de la inutilidad, por ello, debe plegarse sobre sí misma y buscar nuevos aliados también inútiles, pero nuevos aliados, viejos inútiles, porque el estudio de la historia, humanidades, etc, siempre fueron, como decía, inutilidades que se afianzaron en ese manto de la utilidad de lo académico y, en estos momentos, sufren un nuevo embate si su garante se ve amenazado.

El “Arte” con mayúscula es el arte del filósofo Hegel, el que “supera a la belleza de la naturaleza, porque proviene del espíritu”, el Arte no al servicio de otros intereses, sino a servicio de los suyos propios, porque el Arte verdadero, cuando está obligado al servicio del discurso, trasciende a este, supera a su aparente amo, motivo por el cual no cremamos sacros lienzos ni catedrales en este momento de visiones y laicas realidades.

El Arte se defiende a mordiscos y zarpazos cuando necesita hacerlo, ocupado de su inútil quehacer y sin mirar hacia adelante porque sólo se preocupa, como humano maduro, del presente; no plantea cimientos sobre los que vivir, sobre los que desplegarse, obcecado en su caminar y sólo deteniéndose cuando necesita limpiarse y renovarse, por eso seguramente no reveló e independizó hasta el renacimiento, cuando logró separarse del artesano, precisamente por crear obras únicas, en vez de meras obras estéticas pero reiterables; esa unicidad del producto creado le sirvió de pendón enardecido, continuando, creciendo, despreocupado, hasta que la crisis post vanguardista del pop art de los 50 presentó un nuevo marco, el del arte fácilmente reproducible.

El inútil arte había quemado, sin darse cuenta y sin ayuda externa, al pobre abanderado que lo defendió por siglos, puesto que la barrera volvía a quedar difusa, atacado por lo kitsch, minimizado, vulgarizado, excretado por doquier.

Pero el arte, siempre interesado en renovar su inútil quehacer, encontró defensa en el perfeccionamiento de la técnica, entre otras cosas desde luego, pero esa, de momento, es en la que me interesa pensar con ud, si es que no le he aburrido hasta ahora y sigue acompañándome en estas cábalas, espero que interesado por ver a dónde nos llevan.

La técnica y el perfeccionamiento y control de la técnica, interesante...

Un ejemplo, para mi fascinante, es el trabajo de Wassily Kandinsky, afincado en esta época. En sus libros “De lo espiritual en el arte” y “Punto y Línea sobre el Plano” hace una reflexiones interesantes, además de sobre conceptualización artística, sobre necesidades y capacidades técnicas, especialmente sobre la forma y el color.

¿Es posible que hasta Kandinsky nadie haya utilizado el color? ¿Nadie utilizó el punto y la raya?.

No no, yo estoy seguro que lo he visto antes, sé que Leonardo utilizó los colores, estoy seguro que Monet, Manet, Caravaggio, utilizaron la expresividad de la forma desde los colores, lo único que cambió fue la necesidad de reflexionar positiva y fehacientemente sobre porque y como; el arte no crea premisas para el futuro, se ducha en el presente y deja que el futuro se ocupe de

sí mismo, por ello sólo busca razones cuando encuentra cuestionamientos, los mismos que la academia ahora encuentra y que le resultan tan nuevos.

El Arte necesitó explicarse y defenderse tras este embate, por ello, podemos ver como el 90% de los tratados y publicaciones existentes de técnicas, Arte, conceptualización (en definitiva, de lo cognitivo para lo sensitivo) proliferan después de dicha guerra, porque tan respetada disciplina tiene la capacidad, no sólo de explicarse, mostrarse, justificarse (por eso, decía yo antes, no hay Arte sin explicación, no hay sensitivo sin cognitivo, sólo hay vanal arte y no “Arte”), por eso, decía yo, nadie manchó al Arte, se vengó de sus enemigos acogiendo la estética del Kitsch y con ella creando Arte, defendiéndose con sorna como se había defendido ya de la fotografía, cuando lo mimético le fue arrebatado y, lejos de asustarse, comenzó senderos que luego los fotógrafos hemos andado tras sus pasos, porque Manet, Sorolla, Millet, impresionistas liberados de la cárcel de lo imitable, reflexionaron sobre la luz y las sombras de manera que luego hemos tenido que copiarles, aprenderles e imitarles.

Los fotógrafos ya hemos aprendido a imitar la actitud del Arte, pero no por afinidades, no por cariños, puesto que nacimos compitientes, nos apropiamos de la mimesis, pero nacimos como repetidores, como enlatadores. Pero el Arte, en vez de llorar sentado en el dintel de su barroco palacio encontró nuevas formas, nuevos caminos, quitó los jónicos y dóricos para poner molduras de escayola prefabricada y seguir siendo único, algo que los que emulsionamos sales de plata (o sales de bits que ahora viene a ser lo mismo) no supimos hacer al principio, por lo que don dinero pudo colarse por las rendijas de nuestros cuartos oscuros, especialmente cuando la compañía “Eastman Kodak Company” publicó su famoso anuncio: “Ud apriete el botón, nosotros hacemos el resto”

Cualquiera es fotógrafo, consuma este producto, sea un artista, denos su dinero para ello, consuma, consuma, consuma, consumir le da derechos, su dinero le da distinción y reconocimiento, nosotros mientras nos enriqueceremos.

No puedo dejar de pensar en la fotografía digital actual,

en las miles de millones de “app’s” que aparecen, porque el fotógrafo ahora tiene que realizar dobles tirabuzones sin redes, saltando por el aro encendido, sólo sujeto por la boca en el trapecio, para ser mediana y efímeramente visible en el circo de tres pistas que la industria propone. La fotografía primigenia se defendió imitando a la pintura, pictorialismo le llamamos, experimentando técnicas novedosas no industriales, incluso rayando o limando las lentes pulcramente fabricadas, simplemente para no ser iguales. Este movimiento pre I Guerra Mundial acabó de la misma manera que el arte pudo defenderse: además de la consciencia de sí mismo y la reflexión madura de Stiglitz y compañía, llegó Ansel Adams para cimentar y publicar, desde el aval de la academia, la técnica más purista y perdurable que la fotografía ha tenido con sus sistema de Zonas.

La técnica y su manejo exquisito es el nuevo abanderado del artista y el profesional, no debe cabernos duda de ello, pero bien podríamos pensar que esta técnica y conocimiento puede ser adquirida y aprehendida sin problema en estas nuevas fuentes prolíficas no académicas, que la técnica reside en esos nuevos condominios de aspecto unificado, donde todos somos clase media, nadie destacamos, todos igualitos, unificados, con sólo podernos distinguir en pudencia según el automóvil que tengamos enfrente aparcado.

Si fuese así, si este nuevo marco de presentación fuese el santo grial del conocimiento, todo este rato que llevamos conversando es tiempo perdido, no le quepa la más mínima duda...

Hace no demasiados años, para publicar un libro técnico era necesario disponer de cierto prestigio y reputación académica; de lo contrario no era posible, no solamente eso, sino que era punible.

Ramón y Cajal (Santiago para los amigos, ¿Santi en casa? y para este humilde manchador de cuartillas, Don Santiago), cuando apenas era un estudiante en mitad del tercer tercio del XIX, junto con dos amigos, ávidos de romper con la estructura académica rígida de la época y también detrás de unos pocos reales, publicaron un pequeño libro de bolsillo donde se afirmaba “mostrar la anatomía humana”, destinado más a la curiosidad

del ajeno que a los académicos, algo posible porque la “Anatomía de Gray”, en aquellos tiempos, no era todavía un libro popular entre los españoles galenos.

Los académicos se escandalizaron y llamaron a filas a los tres estudiantes, donde un tribunal académico juzgó la impertinencia de los condenados. Para no aburrirle con el cuento, le comentaré que en discurso final del portador de la cátedra consistió en comparar el tamaño de dicho pasquín y su propio trabajo, un pesado libro cuatro veces más voluminoso donde describía el sistema nervioso del cerebro y, como prueba final, lanzó al suelo primero el librito y luego su librote, para que el sordido silencio de la habitación testificase sobre la validez de cada uno por lo profundo de su eco.

El libro fue retirado del mercado, destruidas las planchas y quemados los ejemplares, para que la editorial no se viese afectada por el proceso disciplinario que sí sufrieron los osados estudiantes.

Así se venden pocos libros... Así pierde, ruge, grita y reniega don dinero...

Hoy en día, en apenas 20 años, la industria editorial, cuyo más que lícito espíritu es el negocio, ha ofrecido más libros sobre cualquier tema técnico que en cualquier otro momento de la historia, lo que facilita el acceso al conocimiento a las masas (yo te daré prestigio, el consumo te da derechos) y produce beneficios más grandes (dinero, dinero, dinero), pero no existen departamentos de verificación de contenido, sino investigaciones de mercado.

Hoy en día es posible soportar siete míseros Euros (4.500 colones) de gastos de publicación de un libro digital, porque los unos y los ceros apoyan a la editorial en la moda de la ecología, sumamente preocupada en no matar árboles, aunque cueste más dinero (nota editorial, borrar el comentario después de la exposición y antes de pasarla a producción), reducen costos hasta lo infinitesimal, el corrector ortográfico sustituye los cinco años de estudios del filólogo, que a fin de cuentas sólo sirve para poner tildes y comas, ojala pronto también haya corrector de estilo, gringo, claro, gringo, porque ahora lo gringo es más “cool”, ya no hace falta “estar a la moda”, mucho

más pesado y aburrido de escribir, se necesita más tinta (aunque sea electrónica) y tiempo para escribirlo y claro, el tiempo es oro (dinero, dinero, cochino y puto dinero), no importa si nos autosincetizamos matando nuestra cultura a favor de una más poderosa, es preferible no saber quién era Carlos Salazar Herrera pero si quien es Homero, es mejor comprar en internet, ojala al norte de los nachos y al sur del salmón, mejor comprarlo allí, decía, que en la tienda (pulpería, pero déjeme que yo también use un poco mi hispana cultura) de la esquina, que me importa como coman los hijos del pulpero, mejor enviemos el fruto de nuestro trabajo bien lejos, pero esta vez contentos, sonrientes, sintiéndonos “cool”, ahora no necesitamos ser fustigados y esclavizados como los bolivianos de Potosí mandando la plata (esta química, cierta, pétreo) a las españas, sonreír sin revelarnos nos diferencia de esos desgraciados.

Ahora la asignación de un ISBN (Número Internacional Normalizado del Libro, si quiere saber cómo se dice en inglés, disculpe, a mí no me lo pregunte) depende directamente, por lo menos en mi antigua casa, de la Federación de Gremios de Editores de España, por eso añadiendo unos pocos Euros, pueden ponernos en nuestra gloriosa obra tan apreciado número.

Y entre portada y portada meta ud lo que quiera... Nadie va a volver a tirar su libro al suelo... (Nota editorial: ¿Podremos recuperar el dinero que no ganaron los que planchas y ejemplares rompieron? Pasar propuesta a junta directiva).

Recientemente una tesis de licenciatura presentada en la universidad Véritas, “De la Plata al Byte”, rescatando la técnica más purista fotográfica, pone en entredicho y demuestra cómo y porqué, múltiples y cuáles afirmaciones presentes en la red y en la saga publicada por diferentes editoriales, no sólo no son precisas, sino que son falsas, al menos en lo que se refiere a técnicas y procedimientos de captura fotográfica digital.

Internet es el marco de presentación ideal para las masas, pero apenas tiene corrector ortográfico, imagínese, no existe corrector de contenido ni de cierto. Pasar esas pantallas a papel también da dinero...

Y aquí, creo yo compañero de lectura, hemos llegado al meollo y resolución de nuestro problema: tesis.

Tesis es: “Una afirmación cuya veracidad ha sido argumentada; demostrada o justificada, más allá de cualquier duda, utilizando el método científico”.

Todos los que hemos realizado alguna tesis en nuestra vida sabemos que, en este proceso, debemos demostrar, más allá de toda duda, de forma fehaciente, con método científico, reproducible, demostrable, que nuestra afirmación es correcta y exacta.

Hemos tenido que demostrar antes nuestros pares, los cuales lo demostraron antes que nosotros, ante pares que habían demostrado ante pares que demostraron, en sucesión, en antecedente, en cadena, cobrando poco por ello casi siempre (dinero, dinero, dinero, no me molestes, estoy pensando, no es tu momento), agobiados y martirizados todos por la veracidad y exactitud de los textos.

No voy a negar que en el entorno de la Universidad privada el tema económico es importante y determinante (dinero, dinero, dinero, dame tu dinero), se puede cerrar una carrera por no ser rentable, se puede dejar de disponer de herramientas por no haber presupuestado, es cierto.

Pero hay algo que jamás, al menos que yo sepa, al menos que tengamos noticias, al menos que se sepa, hay algo que jamás ocurre: Nuestras directoras y directores deben realizar juegos malabares con las partidas del presupuesto, deben negociar con el diablo por el motor de nuestros tiempos, pero algo que no deben de realizar, es decir, luchar el binomio dinero-temario.

Somos los pares, los que demostramos ante quienes mostraron a personas que antes demostraron, los que dibujamos las líneas del temario, rodeados de pares a los que seguimos demostrando, porque antes ellos demostraron, que lo que vamos a decir en las aulas es lo correcto y lo cierto. Incluso nuestros directores, luchadores contra el metal, son malos gladiadores porque no son numereros, su arena siempre fue la materia y el conocimiento, el contenido, demostraron ante los que demostraban frente a los que ya habían demostrado, profesores y profesionales en origen que de cargo crecieron, subieron.

La academia necesita el dinero, porque el dinero (dinero, dinero, dinero, quiero tu dinero) es el único motor de nuestros tiempos, pero la academia no cuestiona si el cambio del contenido dará más dinero, por ello la academia, querido compañero, es para mi el único garante de lo cierto.

La academia es el cuadrilátero de venganza de lo cierto, autodefinida, sin necesidad de hordas de confirmantes posteando, trabajo duro y largo, venganza muchas veces postergada, por eso Santi (Perdón, Perdón, mil veces perdón, Don Santiago) esperó hasta 1888, cuando descubrió los mecanismos que gobiernan la morfología y los procesos conectivos de las células nerviosas de la materia gris del sistema nervioso cerebroespinal, para poder demostrarlo a sus pares y poder publicarlo, esta vez sin que ningún cretino, cuyo nombre y libro han sido borrados por el tiempo, utilizase el sonido como garante y, a la vez, produciendo un eco que resonaría, no en toda la habitación, sino en toda mente de pasados, actuales y

futuros galeno, precisamente porque demostró ante los que demostraron frente a los que ya habían demostrado. La academia es el único lugar donde el corrector de veracidad existe, a riesgo de perder mucho más que tiempo: prestigio, título, crédito...

El aparente mísero cartón con el que concluyen los ciclos académicos grita en voz alta que, la persona cuyo nombre contiene, ha sido constante en un dilatado periodo de tiempo, puede y ha podido perpetuar esfuerzos, susurra al oído, cuando miramos el desglose de notas que lo acompaña, como se ha desempeñado en cada una de las largas pausas hiperdinámicas y somnolientas, asevera cuales han sido dichas pausas y, si el prestigio de la sede lo acredita, que cada uno de los conocimientos accedidos era la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, con la ayuda del método científico.

Por eso ya puedo responder a mis estudiantes: “Si, la academia es el único lugar donde ud debería, como verdadero profesional, formarse”